Publicación literaria gratuita
27/02/2017 Nº2

CARNAVALES POLACOS

No había suficientes ojos para tanta Cracovia. Los edificios de la ciudad eran una ristra de reinterpretaciones arriesgadas, con su Castillo de Wawel construido como roto en mil maneras. Cuando llegué a Polonia todos mis chismes tecnológicos dejaron de funcionar. Solo quedaba poner en orden los recuerdos de estos días, aquí, aun sentado en el bar Chicote (en la calle Krakowska), con las mesas y sillas colgadas por el techo; esperando por un vino caliente.

Artur y Piotr necesitaban sujetarse la cabeza mutuamente sin mayor dramatismo. Celebraban que hoy ya no era tiempo de preocuparse por el trabajo, como cuando el dragón de la colina explotó en Wawel, después de beberse el río Vístula, por culpa de unos azufres con piel de cordero (regalo del héroe polaco).

Las mesas y sillas siguen por suerte en el techo, hay más vino que calentar. Artur y Piotr llaman a sus esposas para que vengan a divertirse, al poco entran dos mujeres como esculpidas, con el rostro serio y frío pero la mirada de una brasa que se parte. Los tranvías funcionaban marcha atrás. Y entonces recordé un cartel a la salida del famoso campo de exterminio que decía “Auschwitz, una y no más”, y al hombre anciano que se desmayó antes de entrar al museo cuando le dijeron: deje sus pertenencias en esta bandeja.

Dos mujeres se reían dentro de la Cabeza Colosa, de bronce, del Mercado de los Paños, mientras las fachadas se caían a nuestro paso como un decorado. Allí los vasos de chupito se retiraban con eficiencia polaca.

En el chicote, uno se podía fijar en los arcos apatatados y en los dragones que se dejaban intuir por sombras sobre la pared, como disfrutar de algo de música en vivo. Pensaba en la fiesta de la noche anterior, que empezó en un piso de estudiantes (como es frecuente).

El ascensor eran únicamente tres paredes de madera con papel entre techo y suelo, cinco botones y una bombilla colgando que hacía parecerlo rudimentario.
Era un recuerdo, sin embargo, el que despuntaba, cuando llegado el momento, la alarma del *Bania Luka* empezó a sonar a truenos, y los enormes porteros eslavos entraron al local...

Carlos M. Ávila

Publicaçao independete e livre. Respeite o trabalho do autor; colabora:
Informaçao eo contacto: elhabladorast@gmail.com



Universidad de Oviedo



LA MUSA DORMIDA



En la faz de la musa no es la libertad el núcleo que circunda la angustia, ahora la síntesis excluye al espíritu y se subordina a otro ideal, el ideal de la belleza, que será decisivo en este estadio, dando cuenta de la honda e inexplicable pena que viene traída con el rostro de la musa de Brancussi, rostro que aparece ingenuo e inocente. Se entiende, atravesado por la lanza que es la capacidad motriz que atraviesa todo cuerpo, la libertad de acción que se sabe posible pero aparece tan constreñida que se desvela inefectuable.

El "bello rostro" cincelado, siempre referido a la mujer, aparece desprovisto de toda historia, es lo mujer la esculpida, la mujer ideal, el sueño inalcanzable del varón, la abstracción de un cuerpo que así mismo representa toda la carnalidad. Nunca es una, siempre son todas, indiferenciadas como aquello, eso; lo femenino, la esencia. Nunca es la *femme*, o una *donna*, particulares; siempre la bella y plácida *koré* griega a la cual no parecen haber hechizado con ese embrujo de libertad que tiene lugar sobre el mármol del que hablaba Panofsky cuando hacía referencia a la introducción del movimiento en el orden del ser libre en la escultura griega, ese hechizo que deshacía el hieratismo y otorgaba la posibilidad de estar en reposo, y por tanto, también la posibilidad de movimiento, que no es otra distinta que la misma posibilidad de libertad.

Del cuerpo de la musa de Brancusi, podríamos decir, brilla por su ausencia, se siente siniestro, fantasma. Es una vaciedad que se ha dado por supuesto y por ello, ese reposo del que hace gala la cabeza echada de la musa no refiere a un momento de descanso, a una siesta de la libertad, sino que es la libertad misma la que rodea el busto blindado, el cual nuclea a la angustiosa neblina que lo circunda, la que grita por poder entrar, por atravesarle el cráneo a la musa y aparecérsele en las mientes, perturbarle el espíritu y hacerla así libre, móvil, objeto de este mundo, seduciéndola como dulce ansiedad y trayéndola a lo pecaminoso y a la concupiscencia, estadio donde se asientan el resto de los hombres y donde parece que a la mujer no se la quiere.

A nadie se le ocurriría pensar que la musa pueda despertar en algún momento, parece anclada al suelo, al sueño. Bella durmiente que ni teme ni tiembla, solo yace y espera. Es como el niño, nunca más bella como cuando está dormida; no permitiendo el conservadurismo estético de este viejo ideal de belleza que la cara de la musa se frunza, mire con rabia o simplemente sonría. Pero a diferencia de éste, a ella no se la deja crecer, se la ata a un estado de inocencia, siendo esta despreocupación y apacibilidad de la belleza del rostro femenino de nuestra Musa Dormida en particular, y de todas las musas que duermen en general lo que explica la exclusión del espíritu, la liviandad ontológica y por ende la imposibilidad de ser sí mismo de todas aquellas que no se atrevan a despertar para poder decidir por ellas mismas cuando volver a quedarse dormidas y reposar, aunque sea por un tiempo, de la acción de la libertad.

Abel Pérez

[*Musa dormida* (1906) – C. Brancusi]

MADERA DIFUMINADA

Si se quiere ver
podréis salir a comprobarlo,
como en medio de la calle sola
hay un tronco a medio hacer,
a medio temblar,
que no se ha dado cuenta alguna
de la pronunciación de lo que nace.

Vedlo encorvado entre adoquines
retorcerse
por la punta
y desgraciarse.
Tristeza de cemento y forma arbórea.

Cuatro clavos le sujetan señalándole,
los retoños gangrenados
y la calle rezumando flores
-ya nunca más la sola-

Al paso de gitanas y hombres serios,
su madera negra y sucia
se amodorra;
acongojado, solo y pobre
prisionero
en su podio de cultura
se deforma.

¡Notad al árbol joven e indefenso,
y el dulce y suave aroma
del ocaso del Invierno!

G.Debreda

bañaban una y otra vez esos ladrillos naturales que construían ese hermoso paraje y cómo componían una melodía única y relajante de la que solo estaba siendo partícipe ella, de ese tipo de sonidos que poca gente apreciaba ya.

Había notado desde hace tiempo un cambio dentro de ella, algo que no podía explicar. De repente aquella ansiada libertad parecía estar cada vez más cerca y ella creía haberla hallado, de hecho, lo sentía de algún modo. Recorrió con la mirada su alrededor y apreció sinceramente todo aquello en lo que reparó: los colores, las texturas, los olores de la naturaleza, las pequeñas aves costeras sobrevolando las aguas infinitas, pero sobre todo la soledad. Poder admirar aquel panorama de forma solitaria era un lujo que estimaba por encima de cualquier otro, pues parecía que allá donde ibas tenías que estar sometido a la continua contaminación de las "sociedades", a tóxicos y venenos de diferentes clases, y no todos físicos.

Fue entonces cuando volvió a fijar su vista en el mar y una sucesión de pasos la llevaron al momento en el que el suelo se desvaneció bajo sus pies y toda aquella tranquilidad, junto con el ambiente existente, se fundieron en su cuerpo, abandonado como aquellas rocas, al vaivén de las mimosas olas, en un torbellino de agua, arena y algas.

Alba P.Ovies

BANALIDADES

Polvo en frenesí, juntándose en montículos, construyendo, arremetiendo, gritando, amando. No palabras.

¡Apocalípticas bestias! Despropósitos de no ser creados para corromper al ser, ensoñaciones del polvo incapaz de ver con sus propios ojos, les convencen de destrozar los suyos y los de otros para que se vean hermosas. Y lo consiguen.

Verás más allá de lo que ningún cirro soñó acaso. Y creerás en lo que ves por no ver, para defender lo que existe sin existir. Te guarnecerás en tu palacio sin paredes y te sentarás en tu trono sin asiento con tu corona sin cabeza para decirle al mundo que es un ignorante por no ver lo que no se ve.

Y el polvo se mirará, y no verá lo que no ha de ver. Torcerá el gesto, hincará rodilla en tu jardín recién encerado, y besará tu guante sin mano. Se angustiará, por ser incapaz de ver lo que no se ve, y abandonará su frenesí, para servilmente asentir a los mudos quejidos en que lo aleccionas.

Al final, el polvo y tú acabaréis en la locura de dar vuestro frenesí por la rectitud bramada por el ternero de oro al que adoráis. Y vuestro será el sufrimiento, por haber abandonado el frenesí.

Quizá el polvo vuelva al frenesí. Al fin y al cabo, ninguna palabra puede resonar para siempre. Aunque igual es entonces demasiado tarde.

José K., siéntese, por favor. El ujier no le está esperando.

T. de Beaumont

ROTTURA E UTOPIA

Siamo destinati a creare ciò che non ha luogo, ciò che la nostra immaginazione sola ci suggerisce come condizione unica di possibilità, per questo motivo abbiamo esplorato oceani e continenti, siamo andati nel cielo e sondiamo i misteri dell'universo, delle stelle e i pianeti. Ma c'è un momento, una fase della sua vita, in cui talvolta l'uomo ha bisogno di trasformarsi in scarafaggio ovvero quando l'ambiente e il sistema di norme lo schiacciano al punto da metterne in pericolo le condizioni di possibilità stessa di una libera azione, l'impulso irrazionale al pensiero razionale, al calcolo e all'utile.

Perciò anche nella metamorfosi in scarafaggio è necessario che si colga l'opportunità di conoscere e di sperimentare in prima persona quanto labile e fittizio sia il mondo delle libertà individuali e di quanto è vincolante il sistema di regole di riconoscimento che ci siamo autoimposti; in questo modo mi risulta anche più coerente pensare alla libertà come rottura e utopia. Movimento di decostruzione e immaginazione; ogni atto di libertà è un atto che decostruisce un sistema, questo sistema è il sistema delle norme e delle regole di azione e perciò regole della delimitazione di un atto; l'individuo non agisce mai in maniera libera finché non porta a termine l'opera di decostruzione delle istanze della ragione che, nel corso della nostra storia, abbiamo dato per assolute e assodate una volta per tutte. Una volta computa la decostruzione ogni giudizio di valore su un dato fenomeno esso è da considerarsi unico ed irripetibile.

Ogni nostra morale, religione pensiero unico non sono ritenuti necessari ai fini della libera azione, e in maniera ancora più estrema nemmeno la salvaguardia del bene altrui conta più di tanto nel momento in cui il nostro bene è minacciato, cosa che capita e che non viene risolta da nessun imperativo categorico, disumanizzante a livelli estremi.

Michi Faber

EL ACANTILADO

Ella siempre había vivido persiguiendo la libertad. No importaba que se le pusiera de por medio una persona o un impedimento porque en silencio se abandonaba al dulce ejercicio de la imaginación tarde tras tarde.

Le gustaba hacerlo en espacios naturales como el mismo en el que se encontraba ahora. El clima de aquellos lugares le parecía mágico y sus cavilaciones y observaciones siempre se daban de forma fluida y eran atraídas por las musas a su cerebro sin casi esfuerzo. Desde lo alto de aquel acantilado, observó la inmensidad del mar y dejó la vista perdida en el horizonte, hasta que sus ojos entrecerrándose se cerraron por completo y respiró profundamente. Los pensamientos que la habían llevado a aquel lugar una mañana fría y despejada, se alejaban mucho de la preocupación generalizada que se había instaurado en la ciudad unos días atrás. A ella poco le importaba ya el futuro de su civilización, nunca había conseguido verse como parte de aquella masa que llamaban sociedad, y tampoco es que hubiera logrado ver los suficientes rasgos positivos en ella como para unirse.

Volvió a respirar y notó que el poco aire limpio que quedaba en el mundo le llenaba sus pulmones de vida y le hacía sentir repleta de oxígeno y tranquilidad. Miró hacia abajo y descubrió cómo aquellas montañas de piedra que formaban el acantilado nacían de lo profundo del mar, cómo las caprichosas olas con su caprichosa ruta